

LA SUBORDINACIÓN DE LA VIOLENCIA A LA EFICACIA POLÍTICA: MAQUIAVE- LO Y EL EQUILIBRIO DE FUERZAS

Máster Javier Jiménez A.
Profesor UNA

Lic. Jorge Zeledón S.
Encargado de la Cátedra de Filosofía UNED

Recepción diciembre 2005 • Aceptación marzo 2006

Resumen La categoría de violencia es un elemento en el pensamiento político de Maquiavelo. El artículo sistematiza su significación teórica e ideológica en su discurso político.

Descriptor: Filosofía política, violencia, poder.

Abstract

The violence category is an element in the political thought of Maquiavelo. The article is based on their theory over their political discussion.

Descriptors: Politic's philosophy, violence, power.

Introducción

El siguiente artículo se ocupa de la categoría de violencia en el pensamiento político de Nicolás Maquiavelo, teniendo como fuente su obra *El Príncipe*. Este pensador ofrece en esta obra un conjunto de principios heurísticos para el éxito en la práctica del poder político. De este modo, la violencia es considerada un elemento estructural, necesario e imprescindible del poder. No obstante, la violencia no es sinónimo del poder político. Esto significa que el ejercicio del poder no se fundamenta únicamente en la fuerza,

sino más bien en el consenso parcial y en la existencia de medios de violencia con carácter disuasivo. El poder, entonces, no nace únicamente de la espada, aún y cuando pueda eventualmente requerir de ella.

Este artículo, es un primer aporte de un esfuerzo de los autores por pensar la violencia desde la filosofía política moderna, a partir de pensadores considerados clásicos, con el propósito de sistematizar la significación teórica e ideológica que adquiere la violencia en sus discursos políticos.

La consideración del problema de la violencia, en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), se encuentra subordinada a los requerimientos de la política, entendida esta como una actividad social que demanda eficacia y realismo por parte de quienes detentan el poder. Se trata de no confundir la realidad social y política con los deseos y las aspiraciones propias, sobre cómo debería ser aquella. El ir directo a lo que Maquiavelo llama “la verdad efectiva de la cosa” constituye una condición indispensable para el éxito en la lucha por conservar el poder político. En el lenguaje político de nuestra época, diríamos que se trata de contar con información precisa y confiable, a partir de la cual se pueda construir un retrato, lo más preciso posible, acerca de una determinada coyuntura política o militar, de manera que se pueda actuar sobre ella con resultados positivos.

Nicolás Maquiavelo no es un tratadista que intenta llegar a conclusiones precisas, después de un prolongado esfuerzo intelectual (caracterizado por el manejo de categorizaciones abstractas) sino que, por el contrario de Bodin, Erasmo y Vitoria, por mencionar algunos de sus contemporáneos más destacados, intenta proponer acciones concretas a partir de los datos existentes.

Su experiencia en el manejo de los asuntos de Estado, de la cual existen referencias históricas (Chevallier: 1977:7 y ss.; Arocena, 1975:23) lo lleva a inquietarse por encontrar respuestas a los problemas políticos existentes en la Italia de sus días, especialmente aquellos referidos a la inestabilidad del poder político en los pequeños estados en que estaba fragmentada la península italiana. Esta inestabilidad, agudizada por la intervención de potencias vecinas como España y Francia, llevaba a un uso de la violencia indiscriminada –de naturaleza recurrente– que se puso de manifiesto en las constantes guerras, en las que también intervenían los Estados pontificios, como una expresión política terrenal del poderío de la Iglesia Católica, reiterada enemiga de la unidad italiana. La persistencia de estructuras arcaicas impedía, a juicio de Gramsci, la construcción de un equilibrio de fuerzas en la península, que garantizara un desarrollo de las fuerzas productivas burguesas.

“Es preciso considerar fundamentalmente a Maquiavelo, como expresión necesaria de su tiempo, vinculado en forma estrecha a las condiciones y exigencias de su tiempo caracterizado por 1) las luchas internas de la república florentina y por la particular estructura del Estado que no sabía liberarse de los residuos comunales-municipales, es decir, de una forma de feudalismo que se había convertido en una traba, 2) por las luchas entre los Estados italianos por un equilibrio en el ámbito italiano, que era obstaculizado por la existencia del papado y de los otros residuos feudales-municipales, y por la forma estatal ciudadana y no territorial. 3) Por la lucha de los Estados italianos más o menos solidarios con un equilibrio europeo, o sea por las contradicciones entre las necesidades de un equilibrio interno italiano y las exigencias de los Estados europeos en lucha por la hegemonía” (Gramsci, 1972:21).

La propuesta de Maquiavelo se convierte, así, en la temprana expresión de unas aspiraciones burguesas, tendientes a la configuración de un Estado nacional italiano, bajo la forma de un Estado fuerte y centralizado, a semejanza de la Francia y la España de su época. Dichas aspiraciones solo podían materializarse varios siglos después, cuando culminen los esfuerzos de Cavour, Mazzini y Garibaldi por constituir la Italia unificada, casi en el último término del siglo XIX.

Los medios para poder materializar esas aspiraciones políticas –que aparecen bastantes lejanas– en cuanto a sus posibilidades de realización para (su período histórico), los expresará (de acuerdo con Gramsci), en una “voluntad colectiva”, representada en la figura mítica de un condottier, alrededor del cual habrían de reunirse las fuerzas necesarias para liberar a Italia de los “bárbaros”; de tal manera que el capítulo XVI de *El Príncipe*, con su exhortación a los políticos italianos para actuar, en ese sentido, es plenamente coherente con el resto de la obra y no una mera superposición, como se ha afirmado en algunas oportunidades. Al respecto Gramsci señala:

“El epílogo de *El Príncipe* no es extrínseco, “pegado” desde afuera, retórico, sino que, por el contrario, debe ser explicado como un elemento necesario de la obra o, mejor, como un elemento que ilumina toda la obra y que aparece como su manifiesto político” (Gramsci, 1972:10).

En la construcción de los ya mencionados equilibrios de fuerzas, juega un papel de primer orden, el respaldo militar efectivo con que cuenta el gobernante, pues:

“Las principales bases de todos los Estados nuevos, activos y mixtos, son las buenas leyes y los buenos ejércitos; y como no puede haber buenas leyes donde no hay buenos ejércitos, y donde estos existen aquellos también, no hablaré ahora de las leyes, sino de las tropas” (Maquiavelo, 1975:306).

El realismo político del pensador florentino lo lleva a ocuparse, de una manera significativa, del estamento militar y de la guerra, considerada esta última como un evento decisivo para la conquista y preservación del poder político. El dedicarse a la política es, entonces, consustancial a la milicia y a la guerra.

“La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante” (Maquiavelo, 1975:334).

El no poner la debida atención al aspecto bélico y a la organización de unas milicias propias es, para Maquiavelo, el camino hacia la ruina y la destrucción de los Estados. Considera que –incluso– durante los periodos de paz, la acción política no debe estar alejada de la militar, debiendo realizarse continuos ejercicios que permitan un mejor conocimiento del terreno y el estudio constante de alternativas para enfrentar, previsoramente, la incidencia futura de nuevos eventos bélicos; lo contrario, además de ser altamente riesgoso, lleva al reblandecimiento del espíritu combativo del Príncipe y de sus súbditos.

Frente a la generalizada costumbre, en la Italia de los siglos XIV, XV y XVI, de contratar tropas mercenarias o de acudir a la utilización de tropas auxiliares (es decir, facilitadas por otros gobernantes), el autor alude a los peligros que, para la seguridad de los Estados, representa la utilización de todo tipo de tropas que no sean propias.

“Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y quien fíe su poder en ellas nunca lo tendrá firme y seguro, porque carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, valerosas contra los amigos y cobardes contra los enemigos” (Maquiavelo, 1975:307).

La confianza de un príncipe en este tipo de fuerzas militares puede resultar trágica, porque constituye un acto sumamente riesgoso poner la defensa de un Estado en manos ajenas.

“El príncipe a quien defienden cae tan pronto como son atacadas, siendo robado en la paz por estos mercenarios, y en la guerra por estos enemigos” (Maquiavelo, 1975:307).

A partir de los resultados de los análisis que Maquiavelo realiza sobre la utilización de esa clase de fuerzas, va a observar la importancia de contar, en el ejercicio de la política, con fuerzas armadas propias –nacionales, escribiríamos hoy–, asegurándose así que las victorias obtenidas en el campo de batalla lo sean efectivamente, puesto que las obtenidas con tropas mercenarias, mixtas o auxiliares, ponen al Estado en una peligrosa dependencia de sus presuntos favorecedores.

En resumen, el uso de la milicia, su organización y mando son atributos exclusivos del gobernante y en el caso de una actuación omisa suya –como las mencionadas– este estaría poniendo en peligro su propia cabeza. Solo las tropas propias –formadas por los súbditos, ciudadanos o sirvientes– pueden garantizar la seguridad del Estado; respondiendo así su empleo a los requerimientos de la política.

Lo anterior significa que la violencia, materializada en expresiones de fuerza, aparece únicamente cuando su concurso es requerido por la política. En este sentido, puede afirmarse que hay –en Maquiavelo– una visión de la noción de violencia, enmarcada en los términos de la razón instrumental y condicionada por las demandas de la razón de Estado. A pesar de que la noción de Estado no estaba perfilada aún en toda su significación ulterior (y más especialmente, contemporánea), encontramos en el autor de *El Príncipe* y los Discorsi, un esbozo de esta noción abstracta y secularizada de “Lo stato”.

Sin embargo, hay una gran distancia entre Maquiavelo y el maquiavelismo posterior, al que dan lugar algunos alcances a su pensamiento, desde luego no previstos por él, pues, como bien señala Ernest Cassirer, en su obra *El mito del Estado*, a comienzos del siglo XVI, no se podía ni siquiera imaginar lo que llegaría a ser el “aparato estatal” de nuestros días y su ejercicio de la violencia indiscriminada, en todos los órdenes de la vida social, puesto que:

“Él habló y juzgó partiendo de su propia experiencia personal, la experiencia de un secretario de Estado en Florencia. Había estudiado con el más vivo interés el origen y la caída de los “nuevos principados”; pero ¿qué eran las pequeñas tiranías italianas del Cincuecento, comparadas

con las monarquías absolutas del siglo XVII y con nuestras modernas formas de dictaduras? Maquiavelo sintió gran admiración por los métodos empleados por César Borgia para liquidar a sus adversarios. Pero comparados con la técnica posterior, esos métodos parecen un juego de niños” (Cassirer, 1974:167).

Las frecuentes luchas políticas en la península italiana, desde los inicios de la Baja Edad Media (siglo XIII en adelante), conllevan el surgimiento y la ruina de muchos pequeños Estados, y el encubrimiento sucesivo de algunas dinastías, como expresiones, de corte monárquico o de algunas repúblicas, las cuales evocan continuamente las presuntas virtudes de Roma Republicana de la antigüedad.

Es precisamente a los “principados nuevos” –fruto de la conquista– a quienes Maquiavelo concederá una gran atención; y las inferencias que establece para su conservación serán una parte esencial de su teoría política, dentro de la cual la noción de violencia (explícita o implícitamente) ocupa un lugar destacado.

La necesidad de inspirar temor, como un mecanismo psico-social, aparece como parte importante de una teorización política que no puede quedarse allí; por el contrario, ella deviene en el pan cotidiano de un quehacer político que busca disuadir a quienes pretendan, por cualquier medio, desplazar del poder a quien lo haya conquistado de una manera poca ortodoxa –como es el caso de los “principados nuevos”– o, por vía de la tradición, como en el caso de los “hereditarios” y los “eclesiásticos”.

El enfoque del problema político, en Maquiavelo, es –entonces– el resultado de su prolongada actuación política, enriquecida con los resultados de una reflexión sistemática sobre el ejercicio del poder, lo que viene a constituir el aporte singular de alguien que se enfrentó, durante bastantes años, a los problemas que planteaban las diversas formas que asumiría la violencia política y el delicado equilibrio de fuerzas existentes, por momentos, entre Florencia, la República Veneciana y los Estados Pontificios, con las potencias vecinas, como Francia y España; produciéndose una sucesión continua de inestables coaliciones, como expresiones concretas de los equilibrios de fuerzas que se iban produciendo, en el transcurso de los siglos.

En esta singularidad del enfoque viene a residir su importancia, frente a las visiones anteriores del problema del poder, fuertemente cargadas de elementos

míticos y axiológicos. No es, sin embargo, que el mito haya desaparecido del pensamiento y la acción política, pues para Maquiavelo la inescrutable fortuna, sigue presente en la forja de los destinos humanos; aún y cuando él proponga que –para contrarrestar sus designios– hay que oponerle la virtud, ordenada y previsora.

El uso directo de la violencia, más allá de la persuasión intimidatoria que representa en su estado latente, estará estrictamente limitado por la “necesidad”. Es decir, deberá emplearse únicamente cuando sea estrictamente imprescindible.

“Podemos llamar buen uso de los actos de crueldad... que se ejercen de una vez, únicamente por la necesidad de proveer a su propia seguridad, sin continuarlos después y que al mismo tiempo trata uno de dirigirlos, cuando es posible, hacia la mayor utilidad de los gobernados” (Maquiavelo, 1967:50).

De lo anterior, se infiere que un clima de inseguridad permanente no solo afecta a los súbditos en cuanto a su preocupación por la conservación de sus vidas, sino que resultaría contraproducente para quien detenta el poder.

“Cuando le sea indispensable derramar la sangre de alguno no deberá hacerlo nunca sin que para ello haya una conducente justificación y un patente delito” (Maquiavelo, 1967:83).

Si bien el poder y la violencia no son sinónimos, dentro de la concepción de Maquiavelo, esta última constituye un elemento estructural, necesario e imprescindible, de aquel.

Esto significa que el ejercicio del poder político no se fundamenta únicamente en la fuerza, sino más bien en el consenso parcial y en la existencia de medios de violencia con carácter disuasivo. El poder, entonces, no nace únicamente de la espada, aún cuando pueda, eventualmente requerir de ella.

Si bien constituye un lugar común aquella expresión formulada por Maquiavelo en *El Príncipe*, de que es preferible ser temido que amado (aún cuando lo deseable sería contar con ambos atributos a la vez), la extensión universal de esas cualidades podría ser contraproducente para el gobernante que se halle en su posición. En consecuencia el príncipe debe procurar:

“No ser aborrecido ni menospreciado de sus gobernados, porque el conspirador no se alienta más que con la esperanza de contentar al pueblo”

haciendo perecer al príncipe” (Maquiavelo, 1967:90).

En Maquiavelo nos encontramos frente a una verdadera alquimia política, ya que sin desear la dimensión mítica –la cual va a denominar “fortuna”–, se plantea la necesidad de dosificar el uso de determinados ingredientes de la vida política, como es el caso de la violencia. No hay duda de que:

“Maquiavelo estudió las acciones políticas de la misma manera como el químico estudia las variaciones químicas” (Cassirer, 1974:183).

Y, a semejanza del químico –decimos nosotros– dosifica los elementos ya que, dependiendo de la cantidad, estos pueden actuar como venenos o como medicamentos.

Recordemos que en *El Príncipe*, nuestro autor es bastante explícito acerca de la cuestión de la oportunidad, en lo que a ser amado o temido se refiere. La alusión que hace de la situación de los profetas armados y de los desarmados es bastante categórica. En este sentido hace alusión a Savonarola, líder religioso ejecutado por desafiar al Papa Alejandro VI, contando únicamente con el amor de sus seguidores, sin poseer medios de violencia directa indispensables para conquistar el poder, terminando sus días quemados en la hoguera.

Contemporáneamente, podríamos decir, que todo proyecto político para lograr su concreción y su conservación, requiere de medios propios que le permitan el ejercicio de la violencia. No se puede confiar en la fuerza de otros, sino en la propia. Porque si se pierde el control de esa fuerza disuasiva, se corre entonces la suerte de los profetas desarmados.

“...si los innovadores (tal sería la condición de los profetas, decimos nosotros) sostienen por sí mismos o dependen de otros; es decir, si para ejecutar su empresa necesitan persuadir o si pueden obligar, porque en el primer caso fracasarán siempre sin conseguir cosa alguna; pero si son independientes y pueden apelar a la fuerza, rara vez sucumbirán. De esto nace que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los inermes” (Maquiavelo, 1975:246).

Isaac Dutsché, lo visualizó así al titular su célebre trilogía sobre Trotsky, señalando los momentos críticos en la vida política del fundador del ejército Rojo. Al profeta armado siguió –no casualmente– el desarmado, una vez que el líder bolchevique deja el mando de la institución armada y comienza a ver erosionarse, gradualmente, su poder.

Volviendo al inicio de los tiempos modernos, nos encontramos que esta problemática de los medios de disuasión constituye un elemento omnipresente en las preocupaciones de Maquiavelo. Sus criterios acerca de los resultados de las guerras libradas por tropas mercenarias, le provocan un rechazo hacia los condottieri, expresamente contratados para la defensa de la ciudad; esto lo llevará a afirmar que:

“Ningún principado estará seguro, quedando a merced de la fortuna y no teniendo virtud que en la adversidad lo defienda” (Maquiavelo, 1975:327).

Esas expresiones adversas de la fortuna solo podrían ser combatidas mediante la virtud que se expresa en el ejercicio de la violencia necesaria, de naturaleza disuasoria, para lo cual resulta indispensable, entonces, contar con los medios para la creación de las milicias ciudadanas, con las cuales un principado moderno asegura el control del poder político.

Podemos concluir manifestando que la violencia, en el pensamiento de Maquiavelo, se reviste –hacia el interior del Estado– de una naturaleza disuasoria, tendiente a evitar la conjura que pudiera darse entre los súbditos, en contra de quienes detentan el poder.

Hacia lo exterior, la violencia se identifica directamente con la guerra y los preparativos bélicos, cuya observancia constante se convierte en la única garantía para la preservación del Estado, frente a las amenazas externas y los variados equilibrios de fuerza que se presentan. Estos equilibrios de fuerza al romperse con tanta facilidad –como sucedía en la Italia de principios del siglo XVI–, conllevan nuevos desafíos a los que solo la virtud ordenada podrá responder. En esas condiciones, la violencia se torna ineludible y aparecen rápidamente las expresiones de su materialización.

En *El Príncipe*, Maquiavelo no desarrolla una fundamentación teórica e ideológica sistemática sobre el origen del poder político, sino por el contrario, entiende el poder político como un hecho histórico. La política, por su parte, la define como el arte de la conservación del poder político.

Esta concepción del poder se explica a partir de la visión antropológica pesimista de la naturaleza humana. Esta caracterización del ser humano lo encontramos expresados en múltiples textos del pensador florentino. Sobre el particular se expresa de modo radical en los siguientes términos:

“Soberbios cuando la fortuna les sonríe, serviles y abyectos en la desgracia, deseosos de grandes cosas, pero incapaces de una acción denodada y persistente, prestos a dejarse engañar por las apariencias, incapaces de comprender a fondo la realidad de las cosas, egoístas, mal agradecidos, insensatos, así ve Maquiavelo a los hombres” (Arocena en Maquiavelo, 1975:73).

La acción política –deberá entonces– quedar restringida a una minoría de líderes, dotados de un querer voluntarioso, propio de la mentalidad renacentista, que Maquiavelo describe como:

“...el ejercicio de la voluntad como instrumento eficaz al servicio de las exigencias de la vida” (citado por Arocena en Maquiavelo, 1975:74).

Se trata evidentemente de las “nuevas formas” que está asumiendo el ejercicio del poder político durante este período, a partir del paulatino ascenso de una clase que provocaría profundas transformaciones en todos los órdenes de la vida social.

En Maquiavelo no podían dejar de estar presentes los requerimientos de esa nueva clase social, en procura de un orden político-social que garantizará el pleno desarrollo de sus actividades más importantes; y así afirma en *El Príncipe* que:

“También debe el príncipe mostrarse amante de la virtud, honrar a los que sobresalen en cualquier arte, alentar a sus conciudadanos a que ejerzan tranquilamente sus profesiones y oficios lo mismo en el comercio que en la agricultura, y en todas las demás ocupaciones a que los hombres se dedican para que no se abstengan unos de mejorar sus fincas por temor a que se las quiten, y otros de abrir nuevas vías al comercio por miedo a los impuestos; muy al contrario, premiará a los que a tales cosas quiera realizar; y a cuantos por cualquier camino proyecten el engrandecimiento de la ciudad o de su Estado” (Maquiavelo, 1975:422).

Las nuevas fuerzas sociales en ascenso se ven reflejadas en este tipo de consideraciones, las cuales no parecen indicar otra cosa que, así como durante los siglos de feudalismo, la figura del condottieri aparecería como la más importante, de ahora en adelante habrá una nueva racionalidad prevaleciente; esta será la del mundo de los negocios, que dará un significado diferente a la noción de violencia, la cual se hará inseparable de la eficacia.

BIBLIOGRAFÍA

CASSIRER, E. (1974). *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.

CHEVALLIER, J. (1977). *Los grandes textos políticos*. Madrid: Editorial Aguilar.

GRAMSCI, A. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Editorial Nueva Ediciones.

